

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2 . ª É P O C A

Año 1958 - Número 90



SEVILLA

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL

011

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

HISTORICA, LITERARIA

Y ARTÍSTICA

EJEMPLAR NÚM. **440**

DEPÓSITO LEGAL, SE - 25-1958



IMPRESO EN ESPAÑA.

PRINTED IN SPAIN

EN LOS TALLERES DE LA IMPRENTA PROVINCIAL
SAN LUIS, 27. — SEVILLA.

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL



2.^a Época
Año 1958



Tomo XXIX
Número 90

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL
SEVILLA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

1958

JULIO - AGOSTO

Número 90

CONSEJO DE REDACCIÓN

Don RAMÓN DE CARRANZA Y GÓMEZ, marqués de Soto Hermoso, Presidente de la Excma. Diputación Provincial.—D. Alberto BALBONTÍN DE ORTA.—D. Juan DELGADO ROIG.—D. Eloy DOMÍNGUEZ RODIÑO.—D. Celestino FERNÁNDEZ ORTIZ.—D. José HERNÁNDEZ DÍAZ.—D. Luis HERTOFS ECHENMENDÍA.—D. Federico JIMÉNEZ ONTIVEROS.—D. Manuel JUSTINIANO MARTÍNEZ.—D. Celestino LÓPEZ MARTÍNEZ.—D. Enrique MARCO DORTA.—D. Cristóbal PERA JIMÉNEZ.—D. Angel RODRÍGUEZ QUESADA.—D. Manuel RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ.—D. Joaquín ROMERO MURUBE.—D. José RUBIO RIVAS.—D. Francisco RUIZ ESQUIVEL.—D. Tomás SALAS SÁNCHEZ.—D. Federico VILLANOVA HOPPE.—Director, D. Luis TORO BUIZA.—Secretario, D. José Andrés VÁZQUEZ.

SUMARIO

Págs.

ARTÍCULOS

- Jesús de las Cuevas.—*Seis cartas inéditas de Menéndez y Pelayo al Doctor Thebussem* (Una ilustración fuera de texto)..... 9
- Mariano de Cárcer Disdier.—*Bartolomé de Medina. Un sevillano genial, del siglo XVI, en la Nueva España.* (Una ilustración fuera de texto)..... 33
- Antonio Herrera García.—*Estudio histórico sobre el Real Colegio Seminario de San Telmo, de Sevilla* (Conclusión)..... 47

MISCELANEA

- P. Enrique M.^a Vargas Zúñiga, S. I.—*Los escudos y la entrada interior de la Casa de Mañara*..... 79
- Antonio Hernández Parrales.—*Una página para la historia del Rocío.* * * *.—*Premios y Becas de la Excma. Diputación Provincial. (Patronato de Cultura)*..... 89

LIBROS: Varios..... 281

CRÍTICA DE ARTE: *Música*, por Norberto Almandoz..... 97

CRÓNICA: José Andrés Vázquez.—*Cronista Oficial de la Provincia.—Septiembre y octubre, 1949.*..... 105

ARTICULOS ORIGINALES

SEIS CARTAS INÉDITAS DE MENÉNDEZ Y PELAYO AL DOCTOR THEBUSSEM

QUIERO, antes que nada, agradecer, en estas líneas preliminares, a don Baltasar Hidalgo, Marqués de Negrón, su infinita amabilidad y cortesía para conmigo al permitirme transcribir estas cartas inéditas de don Marcelino, dirigidas a su abuelo tío, don Mariano Pardo de Figueroa, más conocido por su seudónimo de *doctor Thebussem*. El Marqués de Negrón, hidalgo y señor, me abrió, gentilmente, su biblioteca, en Jerez de la Frontera, donde se conserva, tal como él lo dejara al morir, el despacho del doctor Thebussem. Allí, entre valiosísimos libros y papeles, se encuentra el riquísimo epistolario, las centenares de cartas que el famoso doctor recibiera a lo largo de su vida. Perfectamente ordenadas y tratadas con un cariño ejemplar, nos es dado vislumbrar una correspondencia de maravilla. Sin duda alguna, Thebussem se carteaba con lo mejor de España y aún de Europa. Asombra así la cantidad de amigos que tenía este gran don Mariano Pardo de Figueroa. De amigos que le escriben muy largo, informándole de todo, a su casa de Medina-Sidonia, en unas cartas de un valor incalculable. Ahora, de entre todas ellas, he transcrito estas seis cartas de Menéndez y Pelayo, gracias a las cuales vamos a poder escribir también del doctor Thebussem, deseo antiguo, ya que sobre este andaluz ilustre preparamos, desde hace años —mi hermano y yo— una biografía.

La primera de estas cartas es de marzo de 1888. Menéndez y

Pelayo tiene 32 años y es, universalmente, conocido y admirado. Catedrático de Literatura en la Central (1), su fama se extiende por el mundo. Es el "sabio de nuestros días" —escribe Martínez Villergas, en un semanario de La Habana (2). "¡Gloria naciente del hispano suelo!" —dice de él el obispo de Tamaulipas, en Méjico (3), cuando apenas don Marcelino ha cumplido los 23 años (4). "En tus tempranos años conquistaste —la palma y la corona;—ya la alígera fama en su trompeta—tu nombre divulgó de zona en zona;—ya a la cumbre llegaste;—ya no hay región más alta— a do subir; tu gloria está completa..."— le canta, encendido de entusiasmo, Miguel Antonio Caro, desde Colombia (5). Pues bien, cuando "su gloria está completa", cuando don Marcelino se encuentra en "la cumbre", resulta muy grato encontrarse con unas cartas suyas donde se nos revela tal como era en su intimidad: un hombre sencillo, afable, siempre dispuesto a brindar un consejo y a emitir unas palabras de alabanza para animar en la tarea a cualquier amigo que se le dirigiera. Y es que "Menéndez y Pelayo era de todos; porque como el sol lució para todos...", escribe A. Rubio y Lluch (6). "Ser humano, ser intenso, ser sencillo". Este fué su lema. De ahí, la utilidad de la publicación de la totalidad de su Epistolario (7), anhelo que ya expresó Serrano y Sanz, el año de la muerte de don Marcelino (8), "donde podrá verse la colosal influencia que tuvo en los modernos estudios de erudición, tanto en Europa, como en América" y "se echará de ver la generosidad con que facilitaba a cuantos lo deseaban el rico archivo de sus conocimientos". "Es este epistolario una condensación por modo eminente de la vida intelectual de España en los últimos años del XIX y en los primeros del XX. El estudio y comentario de estos documentos puede formar la historia viva del pensamiento y del arte nacionales en estos tiempos tan trascendentales para la vida de España", ha escrito, luminosamente, don José Ibáñez Martín. Y si esto en el aspecto llamaríamos intelectual, figuraos lo que será en cuanto se refiera a su valoración humana. Porque con razón se ha dicho que a un gran hombre no se le conoce, totalmente, hasta que no se le lean todas sus cartas. En este punto, resultó importantísima la publicación de su correspondencia con Valera (9), Asín... y algunas otras posteriores, ya que, con cierta frecuencia, ven la luz misivas olvidadas de don Marcelino, siempre reveladoras de su carácter y de la extensión y profundidad de su cultura. "Es un amplio y vivísimo mundo que toma vida de aquellas cartas, interesantes por la amplitud de su sabiduría..."—anota G. C. Rossí, en su comentario a la correspondencia de don Marcelino con estudiosos lusitanos (10).

Recientemente, en la Exposición de Bibliografía Hispánica, en los salones bajos de la Biblioteca Nacional, se expusieron doce cartas suyas de la colección Graiño —algunas de las dirigidas a Laverde Ruiz— y su única carta de amor, escrita en cuatro cuartillas y una hoja supletoria, dirigida a Conchita Pintado, así como una cuenta de dividir y su dictado en el examen de ingreso en el Instituto de Santander, con seis palabras de ortografía dudosa. También he de resaltar la magnífica contribución del señor López Estrada con la publicación de su epistolario con don Joaquín Hazañas (11), amigos en los últimos veinte años del XIX, a través del cual vislumbramos el amor hacia Sevilla de don Marcelino, ciudad que visita varias veces y donde trabaja a gusto. “Veo con placer su buena salud y que su estancia en Sevilla va dando buenos resultados bibliográficos”—le escribe Valera, en carta fechada en 14 de febrero de 1878. Por ese tiempo, es la primera venida de don Marcelino a Sevilla; más tarde, trabaja aquí sobre el abate Marchena, y en su Museo de Pinturas, en otra de sus visitas, pronuncia un hermoso discurso (12). Pero a lo que íbamos: a la trascendencia que alcanza cualquier carta de Menéndez y Pelayo, ávidos como estamos de conocer el más pequeño detalle de su vida cotidiana, de la cual —y en opinión de Azorín— no “sabemos gran cosa” (13)

¿Quién era el Doctor Thebussem?

Por otra parte, he aquí al otro contertulio en esta correspondencia: el doctor Thebussem, cuyas cartas de contestación—me supongo— habrán de estar en ese estante, en donde don Marcelino —conocedor de su valía para el futuro— conservaba todas las misivas que recibía (14). ¿Pero quién era y cómo era este doctor Thebussem (15), en 1888, cuando recibe esta carta de Menéndez y Pelayo? Veréis: un año antes, en “La Ilustración Española y Americana” (16) hay una reseña sabrosísima de José de Castro y Serrano sobre “el solitario de Medina-Sidonia”, como le llamaba Peña y Goñi (17), con un retrato donde aparece en público “la vera efigie thebussiana”. “Buena sorpresa va a experimentar al verse retratado”—comenta Castro y Serrano—. La cosa ha sido posible, merced a una pícara fotografía hecha en Cádiz, para exigencias domésticas y reproducida, luego, por los artistas Badillo y Carretero. Aparece el doctor, alto, casi seco, con sus patillas de hacha y un chaquetón de la tierra. Era un señor simpático, bondadoso a carta cabal, nacido y avecinado en Medina-Sidonia. Sus hermanos fueron marinos y él se quedó

junto a su padre, de quien fué “a más de hijo, perpetuo y fraternal camarada”.

Allí, en Medina-Sidonia, se rodeó de libros y papeles curiosos y dió en estudiarlos y en escribir con tanto talento, erudición y gracia que, pronto, se hizo popular y se le admiró por doquier. Escribió sobre muchas y varias cosas, en la mayoría de las cuales contaba como primera autoridad en el país. Verbi-gracia, sobre timbrología, sobre cocina, filología, tauromaquia, curiosidades bibliográficas o arqueológicas. Sobre historia, correos, filatelia, etc., etc. Y firmaba con el seudónimo de Thebussem que, en unos años, se hizo universal. Pero ¿por qué Thebussem? El mismo, a sus amigos íntimos, confesaba, con un humorismo de la mejor ley, que tan sólo se trataba de “embustes” al revés y disfrazado. Sin embargo, gozaba de lo lindo envolviéndose en una atmósfera de misterio. “El doctor Thebussem no se sabe de dónde es”. En ocasiones, aseguraba que era alemán y procedía de una familia de emigrados, y aún amenazó con llevar a los Tribunales a un periodista que dudó de su existencia. Don Mariano, entretanto, disfrutaba firmando sus trabajos, sentado en su mesa de despacho de su casa de Medina-Sidonia, desde distintas capitales de Europa. Unas veces, en Spa, Lisboa, Tánger, Fez, Londres (Picadilly, 24), y, otras, en Wurtzbourg, una ciudad alemana que no sabemos porqué razón tendría su preferencia. Sin embargo, otras —las más— en Medina, en la Huerta de la Cigarra, un paraíso soñado, o en la Dehesa de Ben-Habuz. Aquí es donde se sentía como los propios ángeles. En Medina-Sidonia, que no en balde el doctor Thebussem fué un medinense ejemplar.

Así, muchas de sus páginas están dedicadas a su pueblo, bien en descifrar su historia, en contarnos pasajes deliciosos de sus personajes pasados, o en desentrañar sus secretos artísticos o folklóricos. La relación detallada sería interminable, pero, aparte de los insertos en sus “Raciones de Artículos”, hay librillos impresos por Thebussem con ese motivo y que van, por ejemplo, desde los datos históricos sobre una inscripción colocada en una torre de Medina, donde estuvo presa y murió la Reina Isabel de Borbón, esposa de don Pedro de Castilla (18), en 1859, al estudio sobre sus ermitas, impreso en Rivadeneyra, cuarenta años más tarde (19). He ahí, una muestra de una fidelidad, de una constancia irrevocable en su amor hacia Medina-Sidonia, a lo largo de toda su vida, en donde jamás quiso figurar para nada. Muestra patente de ese apartamiento y de esa falta de vanidad fué su resistencia, casi heroica, a ser nombrado Alcalde, y que él relató, más tarde, con su gracejo y donosura peculiares (20).

Eso fué en 1874 y, precisamente, en ese año, en la noche del 29 de octubre, estrena Thebussem, en el teatro particular de doña Angela de la Serna, una pieza teatral, "Chiquirritita", en 18 versos —4 del primer acto, 6 del segundo y 8 del tercero—, que imprime, luego, en una tirada de 12 ejemplares que no se venden (21) y es una muestra del finísimo humor de su autor. Más volvamos a 1888, año en que está fechada la carta de Menéndez y Pelayo. Este trabaja, entonces, sobre Lope de Vega, piensa ya en Marchena, prepara su monumental "Antología de poetas líricos castellanos" (22). Thebussem concluye las notas genealógicas para tomar con sus dos hermanos el hábito de Santiago, que imprime en su tipografía particular, calle Tapia núm. 2 (23). Posiblemente aquella imprenta, llamada también Litínica, donde imprime sus recuerdos del aguanoso en Marmolejo (24).

En esa carta, don Marcelino le acusa recibo de dos opúsculos suyos: "Piratería callejera" y "Señor y Don", que Thebussem le envía como regalo. Vamos a escribir, ahora, unas líneas sobre dichos trabajos. "Piratería callejera" fué escrita en 1874 y en ella se censuran, entre otras cosas, los nombres geográficos de las calles. De su importancia y de su popularidad, quede como botón de muestra el acuerdo del Ayuntamiento de Barcelona (25) de no bautizar más a las calles de ese modo, movido, quizá—como ya hizo notar el mismo Thebussem—por la serie de razones, convincentes e irónicas, que él aducía en su opúsculo. "Señor y Don" es de 1887. Ya un año antes, Thebussem también trabaja sobre el término "Señor", en relación con la fórmula "Muy Sr. mío", "disparatado ingreso de nuestras cartas", producto híbrido que nace a finales del XVIII y significa —y aquí vemos su facilidad para sacarle punta a cuanto toca— nada menos que "Señorón mío" (26). En su posterior estudio sobre "señor", llega a conclusiones definitivas, llenas de gracia y de ingenio. A todo el mundo en España se le trata de "señor"—la prueba en el "¡Señores, viajeros al tren!", y como en el Gil Blas se le llama Señor Rolando al capitán de los ladrones y, en el Quijote, hay un señor ventero o un señor barbero. Enseguida, con su prodigiosa cultura le busca los cuatro pies al gato, las mil y una salidas en el tratamiento, y aconseja —según los formularios de cortesía del XVI— como es de mejor crianza decir "mi señor Fulano", de dónde viene lo de "mi general", "mi coronel". "El Don es harina de otro costal"—advierde Thebussem, quien cree que el Don aplicado a don Pelayo, don Rodrigo o don Julián fué concedido por cronistas de tiempos posteriores. Después, rastrea en la cédula de Almirante de Cristóbal Colón —1492— su título de don, para venir a Cervantes —que conocía como na-

die— y resaltar como éste “conocía el gran valor del don”, “el título más aristocrático al par que el más democrático del mundo”, y al que “popularizó, fijó e inmortalizó”, en la fábula del Ingenioso Hidalgo, de ese don Quijote, que sin su don” pierde mucho de su quijotismo”. Sintomático es también que Sancho deseara que su hija Sanchica tuviera un don y su mujer se llamase doña Teresa Panza. A continuación, estudia las diferencias sociales y etimológicas entre “señor” y “don” y, como prestidigitador, se saca de la manga unos cuantos ejemplos sabrosísimos. Desde lo de “señor Pedro Calderón” a “don Fernández tiene la palabra”, o el “Excmo. Don Ministro de Estado” y “muy querido don mío”, etc., con lo que se ve, con claridad, la diferencia entre un tratamiento y otro. Pero como Thebussem gusta de agotar el tema, aún ha de discernir sobre el maridaje de las dos palabras, de la arbitrariedad de colocar el “Don” después del “Señor” y no al principio, de por qué diablos se nombra de Don a dos litigantes vulgares y, sin embargo, se dice con toda llaneza Duque o Conde de Tal, sin otorgarle siquiera una señoría; de la “belleza, mérito, galanura y eufonía del Don”; de su autonomía y orgullo, de su españolidad, de su vigencia en cualquier régimen, y ello sin dejarse un solo cabo suelto y entremezclando, a cada paso, frases tan buenas como la siguiente: “la cortesía es moneda que enriquece más a quien la da que a quien la recibe”. Y sinopsis completas donde se nos muestra como la democracia se come las letras de los tratamientos: de “Vuestra Señoría” a “V. S.” y de “Vuestra Merced” a “V”, huérfana y solitaria. Para terminar con una nota donde su modestia e ingenio resplandecen, ya que aunque ha querido usar del “don del acierto” a lo mejor se ha conducido “al don de errar”, por lo que pide a su amigo Corzuelo sea “generoso y tolerante”.

La gracia, la modestia y la amenidad de don Mariano.

Un ensayo, pues, modelo —del que he querido hacer un breve resumen— pletórico de gracia y de amenidad, dos virtudes esenciales y copiosas en Thebussem, las cuales encomia y alaba, en esta carta, don Marcelino, como se merecen. A Menéndez y Pelayo, en verdad, “le divierte extraordinariamente” la gracia, la sal chispeante, los chistes finísimos y atícos de don Mariano, delicioso catador de cuentos y ocurrencias andaluzas, en alguna ocasión recogidas en libro. (27). Su humanidad desbordada, que que le hacía alternar con todos y contar “un chascarrillo cuando

viene a pelo" o "requebrar a una muchacha guapa" cada vez que llegara el caso —como escribía Castro y Serrano. Porque estos dos grandes hombres que se cartean eran profundamente humanos y alegres, como buenos clásicos. "El alma de don Marcelino rebosaba siempre sana y franca alegría". Era la alegría de la vocación satisfecha y vivían felices como niños. "Usted, con toda su sabiduría, es aún un chiquillo". —le dice, con toda sinceridad, a Menéndez y Pelayo, en 1883, Valera. Don Marcelino y Thebussem, se sentían optimistas, risueños, repletos de entusiasmo y de bondad, sin un sólo gesto de amargura ni de acritud, dispuestos a disfrutar del sano humor de la vida y a reirse como el primero. Se pasaban los días entre papeles y no necesitaban de más. "El vivir entre libros es y ha sido siempre mi mayor alegría"—declara Menéndez y Pelayo, en una carta a la Duquesa de Alba (28). Su más intensa satisfacción era el premio de la obra bien hecha, sin mirarse nunca en su retribución económica (29). De ahí que don Marcelino se conservara "joven y virginal de espíritu hasta la muerte" y que "nada humano" le fuera ajeno—como anota Pérez de Ayala (30)—. Y otro tanto podríamos decir del "buen doctor Thebussem"—como le llama Zorrilla—"modelo de hidalguía, de fe y de erudición" (31). Fué otro cristiano viejo, bondadoso, admirable bajo cualquier concepto. Y, sobre todo, como hombre que valía de verdad, modesto. Menéndez y Pelayo resalta en su carta, la "grandísima modestia" de Thebussem, que jamás aspiró ni a ser concejal de su pueblo. "Su modestia tal vez exagerada, su falta total de envidia, su desinterés por trabajar por todo el mundo de balde y una pureza de sentimientos que raya en lo infantil"—anota Castro y Serrano, en su aludido estudio. "Sus rectos y nobilísimos propósitos. Pero tocante a esto de la modestia del doctor Thebussem los ejemplos se multiplican. No hay más que repasar su obra y veréis con cuanta profusión se considera él mismo, simplemente, un aprendiz en las letras hispanas. "Soy juez incompetente para dictar sentencia"—escribe con frecuencia (32). "A mis años no entiendo una jota sobre la acentuación de la lengua española"—declara en otro lugar (33) con su franqueza y claridad características. "Yo no soy maestro en ninguna ciencia, arte, ni oficio". "Considéreme Vm como un soldado raso en las filas del vulgo" (34). "Ni mi habilidad ni mi ciencia bastan para formar la amplia crítica que dicha obra merece" (35). "Y la pena consiste en que Vm. pide versos a quien no sabe componerlos" (36). "Si es que Vm. puede hallar sustancia a lo que yo escribo" (37), etc., etc. Los ejemplos serían innumerables, de seguir espigando por su obra. Sin embargo, no puedo por menos de transcribiros el siguiente párrafo dirigido

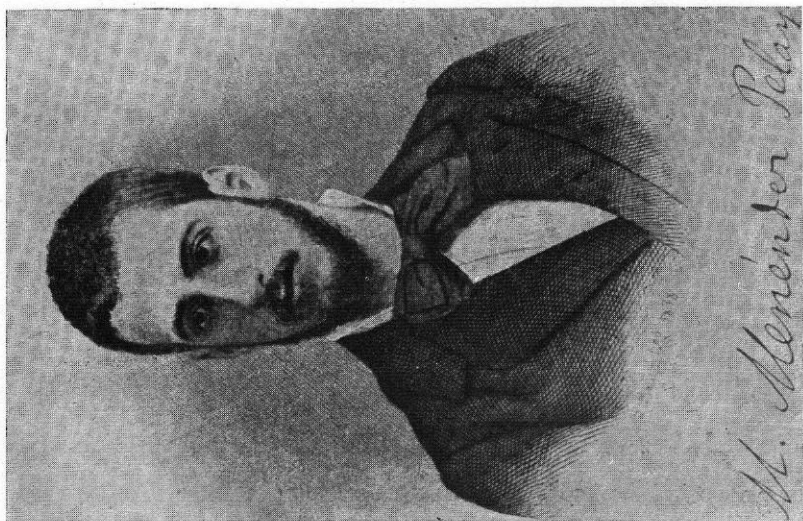
a don Juan Valera: "Perdone Vm. mi querido don Juan Valera, tanto pelitreque, y crea que, aun cuando minúsculo en las letras, se considera mayúsculo en el afecto que a Vm. profesa". Porque Thebussem fué un gran amigo de Valera, a quien admiraba mucho. Su opinión en asuntos literarios era para él "sentencia firme de Tribunal Supremo". Se consideraba "pariente" suyo (38) y se escribían con frecuencia (39). En don Juan Valera brillaba también la modestia (40) y era un andaluz de cuerpo entero (41), como Thebussem, y precisamente, por andaluces, se entendían a las mil maravillas.

Otra de las cualidades que "encantaba" a don Marcelino del "original talento" del doctor Thebussem —según leemos en estas cartas que comentamos y en las que declara ser su "admirador siempre"— era la "magistral gallardía" para sacar a flote cualquier asunto que tocara, por muy esteril o frívolo que fuese, y hacerlo sumamente interesante y atrayente. Era la "amenidad y elegante llaneza de su estilo", eso tan difícil de conseguir para lo cual se necesita ser un castizo y un enamorado de la lengua. Aquello que dijera Mateo Alemán de poder escribir cuanto se habla, sin alharacas, ni retorcimientos verbales. O sea, el estilo llano, fácil, al cual Menéndez y Pelayo juró ser fiel, porque "supo mantenerse apartado" "así en su pensamiento, como en su expresión, de lo que yo llamaría virtuosismo cerebral, es decir de las torturas grafológicas, que descoyuntan el estilo en pos de una falsa originalidad", como escribiera, en unas líneas inolvidables, Rubio y Lluch. Con razón, pues, don Marcelino, poco tiempo antes de morir, aseguraba: "el mejor estilo es el que menos lo parece, y cada día pienso escribir con más sencillez" (42). Es ese "gusto por la sencillez" (López Estrada), norma y guía de Menéndez y Pelayo, en su ingente tarea por revelarnos lo que el profesor Arellano calificó, en frase feliz, el "señorío de la verdad" (43), poseída por él, como nadie en su época.

De ese modo, le atraía sobremanera el estilo llano de Thebussem. Un estilo subyugante, empapado de gracia y de dominio, para contar cuanto le apeteciese. Un estilo sencillo y fecundo, que le venía a través de su sangre de andaluz, y diríamos más, de vecino ejemplar de Medina. Sin ir más lejos, recuerdo que en unos versos (44) de otro buen castizo de la lengua que fué Alcalá Galiano, se leía: "voy a hablarte liso y llano—al estilo de Medina". Pues esto es: liso y llano, al estilo de Medina, de su pueblo, es como escribe, como glorifica el castellano este espléndido don Mariano Pardo de Figueroa. Y junto a ello, su "amenidad", esa virtud de ser distraído, de cabo a rabo, desde su primera a su última palabra, por muy seco, huraño o "esteril"—



EL DOCTOR THEBUSSEM.



M. Menéndez Peláez

es la palabra que emplea don Marcelino— que fuera el tema. “Si queréis ser leídos, sed amenos”—aconseja Castro y Serrano (45). Y éste parece ser el lema que escogieron aquellos grandes hombres de nuestro siglo pasado. Y, en especial, este Thebussem, cuya lectura es de una amenidad, de un entretenimiento tal, que el pasar de los años no sólo no ha debilitado su interés, sino que lo ha hecho aún más apetecible, más saboreable, como pasa con las buenísimas salsas.

Los infinitos amigos del Doctor Thebussem.

Por último, don Marcelino une su felicitación a la larga lista de parabienes que habrá recibido Thebussem “de los muchos amigos y admiradores que tiene en España”, y le expresa su deseo de continuar con las buenas relaciones que tiene en Madrid, al par que le recuerda su promesa de remitirle “en adelante sus publicaciones”.

Extraordinariamente simpático, Thebussem contaba con infinitud de amigos. A todos los recordaba con frecuencia y les dedicaba sus trabajos. No hay más que repasar los nombres a quienes éstos iban dirigidos, para darnos una idea de lo extensas que eran las relaciones de Thebussem (46). Y de la calidad de estos amigos, lo mejor, lo más selecto del país.

El lazo de unión que con ellos mantenía era, especialmente, la carta. Así, Thebussem fué un apasionado de la correspondencia. Desde Medina-Sidonia se carteaba con sus amigos, cuidando de conservar las respuestas que recibía y forman, hoy, su interesantísimo epistolario. Hay que tener en cuenta, además, que don Mariano comprendió la importancia que podrían tener para el futuro las cartas. “Son documentos de mi singular predilección” porque “retratan a lo vivo las costumbres y las personas”— escribe al publicar dos cartas del Príncipe de la Paz a los cónsules del Comercio de Cádiz (47), precisamente este año, 1888, en que recibe esta carta de Menéndez y Pelayo. Y, en especial, le atraían “las puramente privadas”, en las que el autor revela su pensamiento con toda libertad y confianza, y con la fácil y elocuente retórica de la verdad y de la sencillez”. Por ello, se muestra entusiasta de los epistolarios, esa “mina” casi sin explorar en España, y señala el gran provecho que reportaría el que vieran la luz las colecciones de misivas de archivos públicos y privados, escogidas y clasificadas con inteligencia y acierto. “¡Cuán curiosos no serían los de Larra, Espronceda, Bretón, Hartzenbusch,

Galiano, Olozaga, Martínez de la Rosa, Duque de Rivas, don Fermín Caballero y otros cientos!”—exclama en otra ocasión (48). El mismo inicia la costumbre con la publicación de los autógrafos que poseía de Zorrilla (49) y las misivas de Villergas (50), porque para algo tenía la “manía de reunir epístolas de gentes de nota, cuando contienen alguna sustancia y no se reducen a simples cartas de rúbrica redactadas por mano de secretario”. Estas eran las cartas tristes que se iban imponiendo ya en su tiempo, merced a la difusión de los periódicos que habían dejado seca y sin jugo a la carta, a la hermosa epístola de cuatro carillas “con su cruz arriba y con todas sus fórmulas de atención, cariño y cortesía” y en las cuales “se hallaba simbolizado el tiempo antiguo”. Thebussem sentía nostalgia y soñaba con ellas. Le gustaba releerlas y descifrar esas “cosas que únicamente se pueden decir en las cartas”—como ha escrito, recientemente, Martín Abril (51), quien añade que “lo más intenso de muchos escritores de ayer” está en sus epístolas. Esa “gran parte de verdad insobornable”—en aguda frase de César González Ruano— que hace que los epistolarios nos den “con frecuencia idea e imagen de las personas de manera más sutil y completa que las mejores biografías y los más detallados libros de confesiones y memorias”. Su interés extremo y por el cual podemos enarbolar el derecho de su “uso histórico”—como le nombra César (52).

Y, sobre todo, hoy, en una época en que apenas si se escriben bellas cartas, porque se consideran como una “fatiga inútil”, según comenta un escritor francés (53), volvamos, pues, la vista a nuestros epistolarios pasados y aún inéditos —como quería Thebussem— y estudiémoslos con cariño que, en cualquier carta imprevista, puede esconderse la mejor nota para la comprensión del carácter de un gran hombre.

Transcripción de la carta.

Ahora, damos a continuación la transcripción íntegra de esta carta comentada de Menéndez y Pelayo al doctor Thebussem. Dice así:

S. D. M. Pardo de Figueroa (Dr. Thebussem)

Madrid, 5 de marzo de 1888.

Mi querido amigo:

Estoy en deuda con Vd. hace dos meses por no haberle acu-

sado a tiempo el recibo de los dos opúsculos "Señor y Don" y "Piratería Callejera" con q. Vd. tuvo la cortesía de obsequiarme. Decir q. ambos folletos me han divertido extraordinariamente por la copia de sales y de chistes finísimos y verdaderamente aticos q. los esmaltan, sería repetir a Vd. lo que ya está cansado de oír y lo q. debe saber por conciencia propia, aunque sea grandísima su modestia. Yo admirador siempre del original talento de Vd. y de la magistral gallardía con q. acierta a exornar todo asunto, aun los q. parecen a primera vista más estériles o más frívolos, escribo a Vd. estas líneas para añadir una más a la lista de las felicitaciones que Vd. habrá recibido de los muchos amigos y admiradores q. tiene en España. Y le escribo además con el interesado propósito de recordar a Vd. las buenas relaciones que formamos en ésta y su promesa de remitirme en adelante sus publicaciones. ¿En qué estado se halla el primer tomo de la colección que Vd. me anunció de sus obras?

Reciba Vd. el cordial afecto de su buen amigo y admirador
q. e. s. m.

M. Menéndez y Pelayo

Un "suculento menú literario".

La segunda carta de don Marcelino está fechada igualmente en Madrid, y es de ese mismo año, 1888, del 4 de mayo. Está escrita en los siguientes términos:

Sr. Dr. Thebussem

Mi querido amigo: Estoy en deuda con Vd. desde marzo por el suculento menú literario, q. confeccionaron Vd. y Castro Serrano, y q. he saboreado lentamente como deben saborearse los buenos platos. La cocina de Vds. es de la mejor y más clásica escuela, y digna de ser aceptada por los paladares de más delicado gusto, y más hechos a gustar de las sales áticas, y de las especias y condimentos de nuestra buena y vieja literatura. Deseo q. siga Vd. coleccionando en forma de libros sus dispersos escritos, para solaz de sus amigos y apasionados entre los cuales es uno de los más devotos y fervientes, su afmo. s. s. q. e. s. m.

M. Menéndez y Pelayo

Como véis, bien merece también algún comentario. En primer lugar, el buen gusto de don Marcelino para saborear "lentamente" este "suculento menú literario", como se saborean los

buenos platos. Y para alabar a estos grandes gastrónomos que tanto sabían de lo que traían entre manos y gustaban de hablar y comentar recetas culinarias antiguas, con un conocimiento de causa y una gracia verdaderamente subyugantes. Marcelino no se recata en admirar fervientemente a Thebussem, en distinguir sus sales “áticas” (de nuevo, emplea el mismo término) ni su facilidad para conocer hasta el fondo las “especies y condimentos de nuestra vieja y buena literatura”, plato que él supo disfrutar desde la serena y admirable ortodoxia de su vida. “Eso te envidio: tu vivir sereno”—le decía Clarín (54).

Ese menú literario, por otra parte, fué condimentado por Thebussem y Castro Serrano, al alimón. A ellos dos se debe el renacer de los estudios gastronómicos en España, a fines del XIX. El propio Thebussem lo reconoce en unas líneas suyas, dirigidas a don Angel Muro (55): “Sí, señor: confieso a Vm. paladinamente que me hallo ufano, contento y vanaglorioso de haber contribuído a despertar en España la afición a los estudios gastronómicos” (56). Pero la mitad de semejante gloria —afirma Thebussem con su modestia y sinceridad de siempre— le corresponde a Castro y Serrano, su buen amigo. Castro y Serrano, que firmaba bajo el seudónimo de “Un Cocinero de S. M.”, sostuvo una larga polémica sobre mesa, cocina y menús, a partir de 1876, que puede considerarse como trascendental en ese “despertar” español hacia lo culinario, sin arredrarse por el tema, si iba aderezado por lo castizo de la expresión y el garbo de la forma.

Pero, sin duda alguna, Thebussem contaba como la primera figura en cuanto a materia gastronómica se rozase. Nadie sabía tanto como él, ni nadie preparaba —con tanta enjundia— sus fabulosos banquetes literarios. Por tanto, a Thebussem habrá que considerar como el maestro indiscutible en este tema. Un maestro rebosante de simpatía y cordialidad; un maestro que nunca olvida su tierra y lo mismo escribe del gazpacho, los alfajores de Medina o el piñonate de Jimena, y a quien alegran sobremanera los éxitos de los que hay que considerar sus discípulos. “Vm. me ha proporcionado una de las mayores satisfacciones literarias que he tenido en toda mi vida”—escribe a Capella, cuando le envía su excelente “Disertación sobre el Arte Culinario— (57). ¡Y figuráos como se alegrará cuando sea Zorrilla quien le enseñe una nueva fórmula para una tortilla al ron!

Además, aparte su inmensa aportación a nuestra historia culinaria clásica, la más interesante, tanto en forma como en fondo, del XIX, Thebussem nos ha brindado un completísimo cuadro del estado gastronómico de su tiempo, sin discusión uno de los momentos en que mejor se ha comido en España. Delicioso, en

este punto, la total referencia a los convites con que fuera agasajado en su visita a Madrid, en 1887. Porque sus infinitos amigos se desvivieron en obsequiarle y la lista de estas comidas son de las que hacen época. Muy grato me sería reseñarlas todas, pero pecaría este estudio de muy largo y lo dejaremos así para nuestra futura biografía. Sin embargo, Thebussem, que salió a casi dos banquetes diarios— sin contar con los matinées de tarde y los chocolates nocturnos (58), prueba de la admiración y el afecto que por él se sentía en Madrid— nos dejó un relato que, ahora, nos deja boquiabiertos. No hay más que repasar los menús de los almuerzos de don Luis Carmena, doña Máxima de Vhagón, don Carlos Frontaura, don Juan Valera, don Francisco Martínez Echeverry y don José Luis Albareda, en cuya mesa recordaron su vida estudiantil en la “gran Sevilla”. Y los cuatro espléndidos convites con que le obsequió la Duquesa de Medinaceli. Y las comidas —dignas de figurar con letras de oro en los menús— de don Juan Mugiro, don Nicolás Rodríguez, Peña y Goñi, el maestro Barbieri, los Marqueses de Retortillo y el Ministro de Marina, Rodríguez de Arias, sin contar con el fastuoso del conde de Niebla; los marqueses de Roncalis; el conde de Finat —a base de unas setas a la bordelesa, encargadas, especialmente, a Francia— y el celebrado en El Escorial, por los señores Oliva y Vélez de Medrano (59), con un “vol-au-vent” de perdices como para chuparse los dedos. Y sin olvidar el que le dió Castro y Serrano, en el que optó por la cocina antigua. O el famoso almuerzo con que le invitaron en las propias cocinas de Palacio, y del que se ocuparon la Prensa española y aún extranjera. Fué algo tan nuevo y tan honroso para Thebussem, que éste lo describió después, que todo detalle, como los otros restantes, a su regreso a Medina-Sidonia (60).

Thebussem, coleccionista de menús.

Pero ya que escribimos sobre menús, ¡cómo silenciar la colección que de ellos formó el doctor Thebussem! En realidad, don Mariano era un coleccionista de muchísimas cosas. Este “galopín de cocina injerto en pinche literario” —tal decía, donosamente, de sí mismo (61)— armado de una benedictina paciencia, fué formando originalísimas colecciones en su casa de Medina. “Se pasará un mes ordenando su colección de pedazos de pan, desde el mendrugo egipcio hasta el zoquete terroso del cerco de París”—comentaba humorísticamente Castro y Serrano.

Por cierto, que de una carta suya, subrayó Thebussem

estas palabras: "no hay cosas más grandes que las cosas chicas". "Lo infinitamente pequeño puede alcanzar las sublimidades de lo infinitamente grande". Esta cita de Montegut encantaba a Thebussem, quien creía que no hay cosas pequeñas cuando se examinan por el microscopio del arte o de la historia. "Tan importante o más" "puede ser la colección de cuadros como la de sellos de correo; las armas como la de tijeras o botones; la de libros como la de tarjetas de visita; la de periódicos de modas como la de obras de teología y matemáticas" (62).

De ese modo, con ese pensamiento, se lanzó Thebussem a reunir extraordinarias colecciones. De ex-libris, folletos, firmas, tarjetas, etc. Desde esquelas a platos (63) de la casa donde comía por primera vez, cuando la vasija ostentara cifra, escudo o marca de los dueños. Y, finalmente, menús. "Yo formo con ellos volúmenes especiales, y poseo más de treinta formados con dicho linaje de documentos" (64). Una colección, pues, completísima, constituida por ejemplares auténticos. A Thebussem se le hace la pluma agua de contento al describirnoslos, con todo detalle, a veces hasta con sus medidas exactas. Nos lo figuramos con cuánta delectación los estudiaría, uno a uno, desde aquél, verbigracia, del banquete de don Antonio Lasso de la Vega a la Real Maestranza, en Sevilla, en 1786, con "16 frascos de licores de Francia", al del Duque de la Torre, ochenta años más tarde. Pero si queréis empaparos de curiosidades, leed su contestación a Silvela (65), cuando le pide noticia de menús que se salgan de lo corriente. Allí veréis lo que es bueno. Del escrito con caracteres árabes en Granada, al latino en Cádiz, al quijotesco de Moreno Carbonero, o al pintoresco de Sevilla, en el Hotel Madrid, debido a la pluma de Montoto con un dibujo de Gestoso, y al cual correspondió Thebussem con un "Almuerzo de Bibliófilo" en la fonda de París, el 30 de mayo de 1892, con "signaturas en adobos", "versalitas de espárragos", etc. Pasando por menús ganaderos, acuáticos, históricos, dibujados, políticos. En suma una lista interminable.

"Creo que todo hombre lleva acurrucado en su corazón a un coleccionista"—ha escrito Rafael García Serrano. Pues bien, como el corazón de Thebussem fué muy grande, también hubo de serlo su afición por coleccionar cosas y dejarlas, reunidas, para la posteridad ¡Gozo y recreo de una vida destinada a hacer felices a sus semejantes!

La memoria de don Marcelino.

La tercera carta de Menéndez y Pelayo es del 5 de mayo

de 1891. Lleva el membrete de "El Diputado a Cortes por Zaragoza". Este es su contenido:

 Mi querido amigo:

 Recibí y agradecí mucho el Pliego de Cartas, e inmediatamente me he solazado con su lectura, q. en breve tiempo me ha enseñado muchas cosas q. yo ignoraba y me las ha enseñado de un modo ameno y deleitable, q. es el único camino para q. fácilmente lleguen a la memoria y no se borren luego. Siento q. haya limitado Vd. la selección de sus artículos postales a tan corto número. Supongo que los philatélicos formarán otra serie, y que proseguirá Vd. coleccionando (con menos severidad y parsimonia que hasta ahora) sus escritos. El tomo de los opúsculos cervantino será de lo más interesante y yo lo deseo mucho.

 Suyo buen amigo y s. s. q. s. m. e.

 M. Menéndez y Pelayo.

 En 1891, don Marcelino tiene "muchas cosas que hacer" "Los trabajos que pesan sobre él son muchos"—anota Azorín (66) Pero él sabe sacar tiempo para solazarse con la lectura de este "Pliego de Cartas" thebussiana. Este saber sacar tiempo para leerlo todo es una de las notas más sobresalientes en la vida de Menéndez y Pelayo. Es una actividad inconcebible que produce el pasmo de Valera. "Me pasma la actividad de usted y le envidio"—comenta en una de sus cartas (67).

 Luego, con esa sencillez, que no parece sino privativa de los mejores hombres, confiesa que ese "Pliego de Cartas" le ha enseñado muchas cosas que ignoraba. Y que, además, se las ha enseñado de un modo "ameno y deleitable" la única forma de hacerlas llegar a la memoria y que no se borren luego. Tened en cuenta estas palabras escritas por una de las primeras memorias que hayan existido nunca, por una de las cabezas que más cosas haya sabido en cualquier tiempo. Pero ¡qué decir de la memoria de don Marcelino! Se ha escrito que parecía don sobrenatural, que cualquier dato se fijaba allí de manera indeleble, que tenía el don de leer seis líneas a la vez, que era como una monstruosa biblioteca ambulante (68). A los 16 años, en un viaje de tren, en el verano, se entretuvo en recitarse para sí "La Iliada" al revés (69). A los 21 se tenía leídas y aprendidas las obras completas y escritas en latín por filósofos secundarios. Mas ¿de dónde sacaba tiempo? Esta fué la eterna pregunta que se hicieron cuantos llegaron a conocerlo o veían un nuevo libro suyo, un portento de erudición, en la calle. Para hacer la contestación todavía más

difícil, don Marcelino trabajó muy poco de noche, jamás dejó de cultivar su círculo de relaciones y se “pasaba largas horas en plática familiar con las personas de su confianza y predilección”. (Gómez Restrepo).

¿De dónde, pues? Misterio. Pero tenía tiempo para leer y deleitarse con los libros de sus amigos —como éstos de Thebussem— y para escribirle una carta tan sincera y tan agradable, como esta que acabamos de comentar.

Thebussem, gran cervantista.

La cuarta carta de Menéndez y Pelayo al doctor Thebussem, que transcribimos, seguidamente, es del 18 de mayo de 1894:

 Mi querido amigo y dueño:

He renovado con deleite la lectura de los artículos cervantescos que componen la Segunda Ración de la mesa de V. q. ojalá tenga muchas raciones sucesivas para tanto y tanto glotón de buena literatura que nos desvivimos por ese banquete y agasajo. Los conocía separados, pero ganan coleccionados porque además de los primores de estilo contienen una crónica cumplida del movimiento cervantista en el período de su mayor efervescencia.

¡Qué lástima q. no haya alcanzado a leer este tomo nuestro inolvidable amigo Barbieri (q. s. g. g.), que tanto se hubiera solazado con él y tan buenas cosas le hubiera dicho Vd. sobre algunos particulares!

 Suyo de todo corazón

 M. Menéndez y Pelayo.

En verdad, los artículos cervantescos de Thebussem han entusiasmado a Menéndez y Pelayo. “Suyo de todo corazón” reza su despedida. Al par, se lamenta de que la muerte haya impedido al “inolvidable” Barbieri el “solazarse” con él. ¡Qué verbo éste tan expresivo para los amantes de las bellezas literarias!

Barbieri, como ya hemos visto, fué amigo de Thebussem. Cuenta cómo uno de sus anfitriones durante su estancia en Madrid y Thebussem le dedica un precioso trabajo (70). “Inolvidable maestro”—le llama en otra ocasión (71). Esa “Segunda Ración”, a la cual se refiere Menéndez y Pelayo, es una compilación de sus artículos cervantescos. Don Marcelino los conocía—¿y cómo no?— separados; pero, ahora, al verlos reunidos, se deleita, de nuevo, con ellos. Son como un “banquete” para los

glotones de tan buena literatura. Además, y por si fuera poco, contienen “la crónica cumplida del movimiento cervantista en el período de su mayor efervescencia”. ¿Y cuál es ese período? Indudablemente, los cuarenta últimos años del XIX, y factor esencial de ese resurgir fué, sin duda alguna, el doctor Thebussem (72). He ah/, a uno de los primeros cervantistas del país. ¡Y cuidado que Thebussem cotizaba ese título de cervantista en todo su valor, término que estudió —así como “cervantico”— en algunas de sus páginas! (73). Pero mu y pocos, o casi ninguno, le aventajaba en su apasionado amor por las obras inmortales de Cervantes, que conocía al dedillo, y sobre las que pasó las mejores horas de su existencia. Se desvivía, en especial, por el Quijote, al que cita a cada paso, libro que tenía — y con razón— “por biblia de las costumbres españolas”. Soñaba que se difundiera extensamente el entusiasmo que había nacido en torno de Cervantes y, signo de ese fervor, fué el editar y prologar un “Don Quijote en el siglo XIX”, en Cádiz, en 1861 (74). “¿Por qué agrada tanto en el día la lectura del Quijote?”—pregunta en ese prólogo. Años más tarde, en 1902, a Thebussem le fué dado también el prologar el libro de José María Asensio (75), “Cervantes y sus obras”. Ved, entonces, con cuánta delectación saborea el exquisito banquete de su buen amigo y preclaro cervantista, líneas que nos recuerdan las anteriores de Menéndez y Pelayo: “Los manjares literarios que nos presentan son tan nuevos, tan diversos y tan sobradamente guisados, que no sabe el apetito a cuál deba de alargar la mano”.

La verdad es que Thebussem, llevado de su “manía cervantesca”—como él mismo confesó— nos ha dejado una abundante y prolija “ración” de artículos, donde no se sabe qué admirar más: si la originalidad del enfoque o lo castizo y puro de su prosa, ciertamente, de maravilla. Leed, para convenceros, esta descripción física de Don Quijote, hecha de mano maestra por nuestro doctor: “allí tenéis ese retrato; miradlo bien; frisa su edad en los cincuenta años; es de complexión seria; seco de carnes; enjuto de rostro; alto de cuerpo; estirado y avellanado de miembros; entrecano, la nariz aguileña y algo corva; de bigotes negros y caídos; se ha arremetido a caballero con cuatro capas y dos yugadas de tierra y con un trapo atrás y otro adelante..., y, sin embargo, se ha puesto Don se llama y se firma...” Es puro oro de ley; cada frase vale como un brochazo de la mejor escuela, sin que sobre o falte una gota de más, ni de menos.

Dado, pues, a sus estudios cervantescos, con tanto estilo como gracia y sabiduría, se emparentó, primero, con don Miguel, de quién se suponía lejano descendiente, merced a un completísi-

mo cuadro genealógico (76). Y, luego, fué dando a luz, opúsculo tras opúsculo, en los que no quedaba ni un solo punto por tratar. Desde Cervantes marino (77) a discernir si le gustaban las ostras o los mariscos, verbigracia (78), anotar las erratas de las primeras ediciones y las farsas del Quijote, o agotar el tema, con esas joyas que son sus estudios sobre los olores y colores en la obra de Cervantes; en especial, el verde y el oro (79). Con razón así, a fuer de volcar su talento en el Ingenioso Hidalgo de la Mancha, el doctor Thebussem pudo conquistar ese “legítimo apodo del Ingenioso Hidalgo de Medina-Sidonia”— tal como lo bautizó, con saladísima chispa, Castro y Serrano.

El cartero honorario de España y las Indias.

La siguiente carta de Menéndez y Pelayo —del 14 de diciembre de 1895— está redactada así:

Mi querido amigo:

Gracias mil por su carta de 30 de noviembre, y por el benévolo juicio q. en ella formula sobre los prólogos de mi antología americana.

A su tiempo recogí en casa de Fé el libro de Fruslerías Postales, que leí íntegro enseguida con el interés y delectación con que leo todos los escritos de Vd. sea cual fuere su asunto, porque me encantan la amenidad y elegante llaneza de su estilo, y las noticias curiosas q. siempre consigna Vd. en ellos. Por otra parte, no son fruslerías (como Vd. modestamente quiere dar a entender) las q. en ese libro se tratan, sino cosas que importan mucho al buen servicio de correos, en cuya mejora estamos interesados todos los ciudadanos. Cuanto dice Vd. en el prólogo es el evangelio, aunque a muchos parezca amargo, y ojalá fuesen atendidas sus amables y discretas advertencias.

Deseando ver pronto la Tercera Ración de Artículos, si es que antes no nos prepara Vd. otra sorpresa, queda de Vd. muy afecto amigo y asiduo lector que e. s. m.

M. Menéndez y Pelayo.

Como véis, don Marcelino —con su alto magisterio, en esa tarea perenne por “enseñar buen gusto al público” y “poner a los artistas a cada uno en su lugar” (80)— dictamina que no son ni mucho menos “fruslerías” las que escribe Thebussem, sino cosas

trascendentales, el “evangelio” para el buen servicio de correos, “en cuya mejora estamos interesados todos los ciudadanos”.

De ese modo, reconoce la ingente labor de Thebussem en cuanto con los correos se refiere. Desde sus estudios sobre cartas —formularios (81), mensajeras (82), a los Correos Mayores (83), a Villamediana, al tema postal en la musa castellana— la muestra más antigua la posee en su biblioteca (84) —a la biografía del sobre, del timbre, de los matasellos, los defectos y virtudes en los servicios actuales, etc.—, y tan repletos de noticias peregrinas, sobre un andamiaje bibliográfico curiosísimo, de primera mano, que alcanzan bien pronto categoría universal. A nadie extrañó así, que fuera propuesto —por su enorme contribución a la historia de los correos españoles— para Jefe Superior de Administración o para una Gran Cruz. A cuya proposición contestó Thebussem, con esa sencillez y esa gracia cuyas tan características, que puesto que Villamediana había sido el primer Administrador de Correos de España, “él se contentaba con ser el último cartero”. A la vista de su petición, lo nombraron “Cartero Honorario de España y las Indias”, por un Real despacho lujosísimo, con franquicia absoluta de correspondencia, único ciudadano que tuvo semejante privilegio. “This is the way of handling a dry sujet in order to erruse the reader’s interest, and to recep in alive till the end” (85). Entonces, los jefes y oficiales de la Dirección General le regalaron un magnífico uniforme (86) y 34 provincias españolas su diploma de cartería (la de Sevilla con limpia bastardilla y una tirada de un sólo ejemplar), a más de cerca de un centenar de regalos que recibió en Medina-Sidonia, consistentes en pañuelos, escribanías, bolsa, libros, folletos, mapas postales, vinos, puros, sellos de bronce, antiparras, cuadros, alfileres, un par de alpargatas, abanicos, papeletas bibliográficas, catálogos, pipas, platos, carteras, etc. (87). En febrero de 1891, Thebussem regala a los carteros de Madrid y funcionarios de Correos de España y del extranjero, la tirada de su “Pliego de Cartas” (88).

He aquí un filatélico ejemplar.

Pongamos punto final a nuestro trabajo con la transcripción de la sexta y última de las cartas de Menéndez y Pelayo al doctor Thebussem, existentes en su epistolario y conservadas por su descendiente, el Marqués de Negrón:

Madrid, 31 de marzo de 1896.

Mi querido amigo: Un paisano mío, coleccionista de sellos,

a quien yo quisiera complacer, desea tener los cinco diversos que Vd. usa y aún extiende su petición hasta tres colecciones más q. desea para otros aficionados. Yo, como no soy inteligente en la materia, no sé si esto es pedir gollerías, pero como quiera que sea transmito el ruego con mi recomendación al canto.

De Vd. afmo. q. desea ver pronto nuevos escritos suyo amº y s. s. q. e. s. m.

M. Menéndez y Pelayo.

Don Marcelino —amable siempre—se interesa por un “paisano” suyo: su deseo es tener los sellos particulares que usa Thebussem, quien, como buen coleccionista de múltiples cosas (89), sintió también la afición filatélica y escribió sobre ella con tanta precisión como donosura. Miembro fundador de la Sociedad Francesa de Timbrología, honorario de la de Londres, Thebussem es autor de una “Literatura Philatélica” (90), a más de otros trabajos que influyen al amor por el sello en España y en el aumento de los filatelistas (91). “Ya cesó, gracias a Dios, este ridículo miedo, dando a las autoridades el convecimiento de que los philatelistas son una hermandad de curiosos y no una plaga de estafadores”. La palabra filatelia se usa en España, por vez primera, en 1869; de 1872 a 1890 no sale papel alguno dedicado a la filatelia, en forma de periódico o revista (92), porque Thebussem lleva la cuenta exacta de los impresos que tratan de esta materia, así como nos brinda una acabada bibliografía, en sus comentarios a un libro de Fernández Duro (93). Con razón acude don Marcelino —que no es “inteligente” en estas cuestiones— al doctor Thebussem, uno de los hombres que más sabían sobre el sello (94) en el mundo.

¿Pero sobre qué no sabe el doctor Thebussem? Porque es asombroso su caudal de erudición en tantas y diversas materias, aunque sabía encubrirlo, divinamente, a base de amenidad y de gracia. Y de saber manejar a la perfección el castellano, que no, en balde, había bebido en las mejores fuentes literarias de nuestro Siglo de Oro.

En buena hora, pues, nos ha sido posible tratar un poco sobre esta preclara figura, sobre este andaluz de pura cepa, universalmente reconocido por sus méritos, gracias a estas seis cartas que le dirige Menéndez y Pelayo. A este gran señor que se llamó en vida don Mariano Pardo de Figueroa, aunque todos lo conozcan y lo admiren por su seudónimo del doctor Thebussem.

JESUS DE LAS CUEVAS

NOTAS

- (1) Sus oposiciones, a los 22 años, en 1878, hicieron época. «Creo que se llevará la cátedra, o no hay justicia en la tierra»—declara Valera en una de sus cartas.
- (2) En «Don Circunstancias».
- (3) Ilmo. Sr. Don Ignacio Montes de Oca. Vid: «La Ilustración Española y Americana», núm. XLVII, P. 339, 1879.
- (4) A los 19 años publica su tesis doctoral: «La Novela entre los latinos».
- (5) «A Menéndez y Pelayo. Epístola» en «La Ilus. Esp. y Americana», del 22 de julio de 1883.
- (6) En «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos». Julio y agosto. Núm. 7. 8, 1912.
- (7) En el Prólogo a las Obras Completas. Edición del C. S. I. C., 1946, por don José Ibáñez Martín a la sazón Ministro de Educación Nacional, se lee: «Cuando se puedan ver, ordenadas e impresas, formando unidad, las Obras Completas de Menéndez y Pelayo, aún quedará la tarea grande e importante de preparar la edición de su copioso Epistolario».
- (8) También en «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos». Núms. 7 y 8, 1912.
- (9) «Epistolario de Valera y Menéndez y Pelayo», con notas e introducción de M. Artigas y Pedro Sáinz Rodríguez. CIAP. 1930.
- (10) Por ejemplo, a don Eduardo Prestage, sobre Melo. En «Revista Bibliográfica y Documental». Enero-abril, 1947.
- (11) «Relaciones entre Menéndez y Pelayo y don Joaquín Hazañas, a través de su Epistolario». Pub. en «Anales de la Universidad Hispalense». Vol XVII. Año 1956, como homenaje en el Centenario de su nacimiento.
- (12) Vid. art. de F. Rodríguez Marín: «Menéndez y Pelayo en Sevilla». con curiosas anécdotas.
- (13) En su artículo: «Con el general Vigón».
- (14) Serrano y Sanz. En su «Boletín de la Biblioteca de Menéndez y Pelayo», con el que cierra su primera época, se incluye un extracto de esta valiosa colección de cartas: algunas escritas por el maestro y la mayor parte dirigidas a él.
- (15) Por si a alguien le interesa su nota biográfica completa —tanto en libros como en prensa—, así como sus retratos y caricaturas, puede tomarla, muy minuciosa, con el cuidado que ponía el doctor Thebussem en todo, ya que está hecho de su propia pluma, en su «Tercera Ración de Artículos», 1878.
- (16) Núm. LXI del 8-11-1887.
- (17) En la «Revista Contemporánea» del 30 de enero de 1887. También se ocupan del doctor Thebussem, en ese año, Hernández, en la misma «Revista Contemporánea» —número del 28 de febrero—; Mariano de Cavia, en «El Liberal», «Plato del Día», del 8 de noviembre; doña Emilia Pardo Bazán en «El Liberal» del 19 de diciembre, y en «La Epoca», del 23 de noviembre, y en «La Regencia», José Ruiz de Ahumada.
- (18) En Cádiz. Imp. de la Revista Médica, 37 páginas y 3 estampas: la vista de la torre, el plano de la misma y el escudo de la Reina. Tirada de 100 ejemplares.
- (19) «Ermita de Santa Ana y Santo Cristo de las Penas», 1896, 82 páginas, 350 ejemplares.
- (20) En «Una Alcaldada», 1893. Inserto en la «Tercera Ración, 1898, pág. 318 y sig.
- (21) «Chiquirritita». Pieza lacónico-dramática en tres actos y en verso, etc. Cádiz, 1874. Tip. «La Mercantil». En octavo, 15 págs. Con una segunda edición en Aribau y Cia., 1882. Madrid, 13 copias que no se venden.
- (22) La «Hist. de los Heterodoxos Españoles» se publica en 1880-81. La «Hist. de las Ideas Estéticas» en 1883-84 y 86.
- (23) «Notas genealógicas que para tomar el hábito de Santiago presentaron don Mariano, don Francisco y don Rafael Pardo de Figueroa, naturales de Medina-Sidonia». Imprimiéndose en Medina. Tip. particular del doctor Thebussem, 1889. Tirada de 250 ejemplares. Papel de hilo. Otro trabajo de don Mariano sobre su propia familia paterna fueron «Algunos escritos del Tte. de Navío don José Emilio Pardo de Figueroa». Rivadeneira, 1873.
- (24) En colaboración con don Santiago de Liniers. 200 ejemplares de 20 pág., 1893.
- (25) En 23-3-1890.
- (26) Y es que señor —sustantivo masculino— no admite aumento, ni disminución. Y tampoco indica más respeto, puesto que no se dice al Rey: «Muy Señor», ni en el Credo: «nuestro muy Señor», etc. En «Fórmulas», 1887.
- (27) Vid: «Cuentos y chascarrillos andaluces tomados de la boca del vulgo. Coleccionados y precedidos de una introducción erudita y algo filosófica por Fulano, Zetano, Mengano y Perengano». Madrid. Ricardo Fé, 1896.
- (28) Desde Santander, en junio de 1898, para agradecerle sus gestiones con objeto de que lo nombraran Director de la Biblioteca Nacional.
- (29) A excepción de los «Heterodoxos» que le produjo a Menéndez y Pelayo 15 mil pesetas y de los «Prólogos» a las «Obras de Lope de Vega», sus ganancias fueron muy limitadas. Por su estudio sobre Torres Naharro cobró 25 duros.
- (30) En su art.: «Recuerdos. Valera y Menéndez y Pelayo».
- (31) En «Senas», 1892. Pub. en «El Liberal».
- (32) Verbigracia: en «Con dos dedos».

- (33) En su contestación a don Eduardo Benot, que le pedía su consejo sobre la acentuación de la palabra: «cónclave». En su «Tercera Ración». Pág. 283.
- (34) En «Albarda sobre Albardas», 1884. Con parecidos términos en «Sopa de Ajos», pág. 213 de su «Tercera Ración», 1891: «De los ocho convidados a una montería en La Mezquitilla, cuatro pertenecían a los que dejan su nombre a la historia, y los restantes entre los cuales me cuento, no pasábamos de granujas o soldados rasos».
- (35) Por su «Dicc. de Imp. valencianos», en «Colofón» de la «Cuarta Ración de Artículos».
- (36) Al yerno de don Ramón de Mesonero Romanos, en «Misiva», 1883. También inserta en su «Cuarta Ración de Artículos», pág. 148.
- (37) En carta a don José Ignacio Escobar, enviándole «La Bolsa o la Vida», 1871. El párrafo entero merece la pena: «Ha tenido Vm. la bondad, que no es mucha, de ofrecerme las columnas del autorizado papel que dirige, y si no hay abuso por mi parte, pretendo, no la inserción de esta carta, sino un extracto de la parte sustancial de ellas».
- (38) «Hace pocos días en una de las cartas con que me favorece mi pariente don Juan Valera». En «Justa y Rufina», dedicada a don Luis Montoto, inserta en su «Cuarta Ración de Artículos», pág. 115.
- (39) Parte de esta correspondencia, si mal no recuerdo, ha sido publicada por don Santiago Montoto, en «Semanas».
- (40) «No enseñaré nada a las gentes de mediana instrucción» «las obrillas que yo he publicado». En cartas de enero de 1878, en el «Epist. de Valera y M. Pelayo» ya citado. Su discurso sobre el Quijote, «en mi sentir, lo menos malo que yo he escrito».
- (41) «Estuve en mi tierra (es decir, en Doña Mencía)». (Desde Nápoles, 1847, en carta a H. García de Quevedo). «Mi cuartel general es Cabra», escribe en 1888. «Andalucía, sobre todo, es la tierra de Dios y de María Santísima», etc., etc.
- (42) En la 2.ª Edición de su «H. de los H. Españoles». Madrid, 1911.
- (43) «Nom. de la Universidad Hispalense en memoria de don Marcelino», 1956.
- (44) Escritos en 1816, a Concha de España y Carrizo.
- (45) Aparece en la portada de «Recuerdos Gaditanos», de don José María León y Domínguez, canónigo de la Catedral, Cádiz, 1897.
- (46) He aquí, algunos de sus amigos, según las dedicatorias de sus trabajos, desde 1863 a 1871: Menéndez y Pelayo, Ansensio, Jordana, Castro y Serrano, Albareda, Cárdenas, Sánchez del Arco, Díaz Benjumea, Corzuelo, Gestoso, Zorrilla, Gómez de la Serna, Martín Gamero, Señán Valera, Conde de Cañete, Joly, Berjillos, Vives, Vizconde de Betera, Fernández Duro, Muro, De la Viesca, Capella, Álvarez Serex, Escobar, Vidart, Selgas, Uhagón, Frontaura, Gómez-Inaz, Barbieri, Cortina, Barrantes..., etc.
- (47) En «Dos Cartas», 1888. Inserto en la «Primera Ración de Artículos», 1892. Páginas 72 y 75.
- (48) En «Hablen Cartas», 1893.
- (49) «Sean, pues, las cartas de Zorrilla las que inicien en España la moda de los epistolarios de celebridades contemporáneas».
- (50) En «Cartas de Villergas», 1894.
- (51) «Las cartas sin gracias». F. J. Martín Abril. En «La Vanguardia» del 23-2-1938.
- (52) «E incluso que si una delicadeza social impide hacer uso pueril de ellas, hay también un derecho a lo que pudiéramos llamar su uso históricos». «Aunque en las cartas de un escritor pueda sospecharse siempre una pequeña malicia, si se quiere incluso subconsciente, de que un día puedan ser leídas por alguien más que su destinatario, hay siempre en las cartas una gran parte de verdad insobornable». César González-Ruano. «Pre-muerte de un ordenado caballero», en «ABC», 27-11-1957.
- (53) Abel Bonnard, de la Academia Francesa. La cita es ésta: «a los hombres de hoy, envueltos en la misma agitación, en la misma prisa, el escribir una bella carta a un amigo le parece una fatiga inútil». Vid., art. de W. Fernández Flórez: «Cartas de ayer y de hoy» en «Semanas», núm. 901, de mayo 1957.
- (54) En «La Ilus. Esp. y Americana» del 15 de marzo de 1883.
- (55) En el acuse de recibo a sus «Tres conferencias Culinarias», de abril, mayo y junio de 1890. Con este motivo, su trabajo: «Arrepápalos».
- (56) Signos de ese despertar —como consigna Thebussem— el que los periódicos de Madrid hablen sin rebozo de asuntos culinarios. Por ejemplo, «El Resumen», al publicar un art. de Kasabal, con una ilustración en la que se ve a Cavia y Lhardy vestidos de cocineros. O el discurso leído por el Duque de Rivas en la R. A. E. —8 de diciembre de 1889— sobre libros culinarios.
- (57) Impresa en los números 1 al 7 de «La Cocina» (mayo y junio de 1886) del Ledo. en Cocina —como le llamaba Thebussem— don Lorenzo Capella, «Maestro en la del Palacio Real de Madrid».
- (58) Entre otros, los de Barones de Guirel, don Juan García de Torres, don Víctor de Lejarcegui, don Jacinto de Lara, don Julio Mellado, el marqués de San Román, la duquesa de Medinaceli, el Ministro de los Estados Unidos, etc. Vid «Notas Culinarias», 1888. Huerta de la Cigarra.
- (59) Excursión que relata E. Pardo Bazán en «El Liberal» del 19 de diciembre de 1887.
- (60) Vid. «La Ilus. Esp. y Americana», 22 de diciembre de 1887.

- (61) En «Motiño y Goufflé», 1871 (En su Tercera Ración», 1898, pág. 207). A. D. J. E. de Hartzenebuch. Allí se lee, después de invitarle a su casa de Wurtzbourg: «por mi misma mano, y vestido con mandil y gorro blanco, confeccionaré la Hure de Sauglier y el Filet Valoir ú otros platos que sean del agrado de Vm».
- (62) En «Eg libris», 1875. Inserto en la «Primera Ración de Artículos», 1892, páginas 74 y 75.
- (63) Vid la curiosa relación que de su colección de platos hace en las cit. «Notas Culinarias», 1888.
- (64) También en «Motiño y Goufflé».
- (65) En «Menu...dencia», 1894.
- (66) En su cit. art. «Con el General Vigón», a propósito del prólogo de M. y P., a un libro de un compañero de Academia, don Antonio Arnao.
- (67) «Usted que lo lee todo», en carta del 19 de julio de 1878. «Con actividad que me dá envidia» (Desde Lisboa, a 27 de abril de 1881). «Admiro y envidio la facilidad de usted para el trabajo» (en 4 de octubre de 1881). Del cit. «Epistolario de Valera y Menéndez y Pelayo».
- (68) En «Rev. de A. B. y Museos», 1912. Núm. 7 y 8. Discurso de don Antonio Gómez Restrepo, Secretario de la Academia Colombiana.
- (69) N. Alonso Cortés, en «Revista de Filología Española. Abril-diciembre. T. XXVII. Pág. 48.
- (70) «Bailla Bonita», Medina, 1891.
- (71) «Hallándonos de sobremesa varios amigos, hace años, en casa del inolvidable maestro Barbieri...» En «Cuatro Palabras», 1901.
- (72) Para los que quieran seguir los jalones de ese movimiento cervantista, vid: «Los biógrafos de Cervantes en el siglo XIX», por Luis Vidart. Madrid, 1889.
- (73) En la pág. 301 de su «Tercera Ración», en sus comentarios a la 12 Edición del Dice. de la R. A. Española. Tanto las palabras «cervantico» —usada, por primera vez, por Gallardo, en 1855— como «cervantistas», impuesta por Asensio, en 1861 ó 62.
- (74) De don Teodomiro Ibáñez. Imp. y Lit. de la Revista Médica, 36 páginas. 1.000 ejemplares.
- (75) A Asensio —de quien se conserva en el «Epistolario» de Thebussem, una extensísima correspondencia— dedica, entre otros trabajos, su «Don Diego Jorge de Godoy».
- (76) Entronque que nace del casamiento, en 1646, de doña Luisa de Cervantes y Cárdenas —hija de don Luis de Cervantes— con el Alcaide don Luis de la Serna y Vogel.
- (77) En su Elogio, en 1869, al opúsculo «Cervantes marino» de Césareo Fernández Duro.
- (78) En su «Iethiología».
- (79) Todos, en la cit. «Segunda Ración de Artículos».
- (80) En carta de Valera, en 1882.
- (81) En el cit. «Fórmulas», 1886. De allí entresacamos algunos párrafos: «que las cartas han de llevar algún zumo, porque las secas no se reciben ni obedecen de buena gana». «En una carta, más que en ninguna otra demostración, vemos el retrato de lo que alcanza el que la escribe». El formulario es como «hallar un vestido a la moda ya listo y arreglados».
- (82) En especial sobre las «Cartas Mensajeras» de Gaspar de Texeda, de 1547 a 1552.
- (83) En el «Libro de la Cámara Real» de G. F. de Oviedo encuentra el dato más antiguo referente al Correo Mayor de los Reyes de Castilla». En su «Tercera Carta para el Correo». Pub. en «La I. E. y A.», 8 de agosto de 1879., y dedicado a una imaginaria Miss Alba Tery, en Ibí Castle.
- (84) «Cuarta Carta para el Correo», en «La I. E. y A.», 8 de octubre de 1879. Firmado en la Dehesa de Ben-Habuz, a 28 de septiembre del mismo año. También dedicado a Miss Alba Tery. «Es un postre de pelitreques y triquiñiques» —escribe— sin salir del «agradabilísimo recinto de lo insustancial y de lo futil».
- (85) Mr. Mac-Lean. Su nombramiento tuvo resonancia en todos los periódicos de España y en bastantes extranjeros.
- (86) Constituido por levita, pantalón, gorro y cartera A este regalo correspondió el doctor Thebussem con 12 fotografías en gran folio de los frisos de la Sala de Sesiones de la D. G. de Correos del Imperio germánico.
- (87) Regalos descritos por Thebussem con indicación de los donantes.
- (88) «Un Pliego de Cartas», por el doctor Thebussem, caballero del hábito de Santiago. Madrid, 1891. Rivadeneyra, 172 pág., 1.200 ejemplares. Premiado en la Exposición de Milán de 1894. Los agraciados nombraron al doctor por unanimidad Director honorario de la S. Mutua de Socorros llamada «Unión de Cartería». A su favor, el 1 de julio de 1891, un diploma escrito con letras de oro.
- (89) Por ejemplo, reunir pstales y formar albums con ellas. «En peores cosas que en reunir tarjetas postales podría invertirse el tiempo. Sin embargo, Thebussem le vaticinó una vida efímera. (En «Filatelia y Tarjeteo», a don Enrique Lasso, 1901. Incluido en la «Cuarta Ración», pág. 55).
- (90) Con el subtítulo de «Apuntes para la redacción de un catálogo». Sevilla, 1879. Alvarez y Comp. 34 páginas. Tirada de 130 ejemplares. Premiado con medalla de bronce por la S. F. de Timbrología en el concurso del año 1878.

(91) Verbigracia: «Obliteration marks on spanish postage stamps, by. Dr. Thebussem». (Aead before the London Philatelic Society). Bath, 1873.

(92) «La idiosincrasia de un país tan amante de toros y lotería, no se adaptaba con la suave y pacífica tarea de juntar ordenadamente sellos viejos de correos». En «Periódicos filatélicos de España». Al Sr. Conde de Cerrajería.

(93) «Reseña histórico descriptiva de los sellos de correo en España», 1881. Los comentarios de Thebussem en «Sellos de Correos», 1881. Se inserta en la «Tercera Ración», página 334.

(94) A pesar de su tamaño, puede encerrar los méritos de la mejor pintura. En «Quinta y última carta para el Correo» en «La Ilustración Española y Americana». 15 de diciembre de 1879.

